

Algo más fuerte que la debilidad

¿Entonces no te acuerdas de lo que te pasó aquel día en el Congreso?

No. No lo tengo claro.

Bueno, cuéntame tu historia.

LAS MASCOTAS

Astorga es una ciudad que tenía 12.000 habitantes cuando nací y que ahora tiene algo menos de 10.000. Su despoblación es lenta pero imparable. Hace mucho que no voy a Astorga, desde la campaña electoral. Mis padres ya no viven allí.

Una de las cosas que más me gustaba de la pequeña ciudad eran sus mercadillos de los martes. Prácticamente todo el centro quedaba conquistado por centenares de tenderetes. La plaza de Santocildes se atestaba de vendedores ambulantes de verdura, embutidos, frutas, hortalizas de todo tipo. La plaza Mayor, la del Ayuntamiento, la colapsaban los puestos de ropa barata, alguna de segunda mano, casi siempre falsificada. Y la plaza de detrás, la de la iglesia de San Bartolomé, era un ir y venir de gente que curioseaba cacharros antiguos, muebles desvencijados, vajillas de procedencia extraña y animales domésticos. Eso ahora está prohibido: vender animales así.

Cuando era una niña de unos diez años me enamoré de unos pollitos que vendía un señor con muy mala cara. No había martes de verano, que era cuando yo podía ir, que no apareciera con el gesto malencarado, rudo, tremendamente cabreado. En su puesto piaban pájaros y ladraban cachorros. Me hubiera pasado todas las mañanas de mercadillo en ese puesto, siempre

ubicado al final. Pedí a mis padres un pollito con el plumaje amarillo. Mi padre se negó y mi madre se lo pensó un poco más, pero terminó dándome la misma respuesta. Se lo pedí entonces a mis abuelos. Digamos que mi abuelo no me hizo caso, a diferencia de mi abuela, quien me prometió susurrándome al oído que me compraría el pollito amarillo el martes siguiente.

Llovió ese martes. Por alguna razón, recuerdo con precisión la meteorología de los días que han significado algo para mí. El de la llegada del pollito Juanito (así le llamé) a mi casa fue uno de ellos. El hombre rudo del mercadillo lo agarró con desaprensión y lo encerró en una caja de zapatos horadada por arriba, dos agujeros desiguales. Me resultó cruel cómo trató aquel hombre a mi nuevo mejor amigo. El camino a casa es otro recuerdo imborrable y te juro que todavía visualizo mi sonrisa. Mi abuela se percató antes que yo de que mi padre se aproximaba por el paseo de la Muralla, donde residía la familia. Me pidió que le dejara hablar, sabía que la caja de zapatos acarrearía problemas. El enfado de mi padre cuando se enteró de la compañía del pollito es también imborrable. Sin embargo, mi abuela domó su primera reacción y pude llegar a casa con la caja de zapatos agarrada por el brazo, y con el pollito dentro.

Cuando lo tuve entre mis manos por primera vez, lloré un poco. Piaba sin cesar e incluso me picó en la mano. Su mirada se le iba a todos lados y movía el cuello bruscamente, como si se le descoyuntara. Le dije su nombre y él reaccionó intentando comerme la piel. Exclamé un leve dolor y justo luego lloré. Fue en esas lágrimas cuando nacen mis canciones y mis bailes, o eso creo. No hay hechos anteriores en los que irrumpiera ese ánimo, ese impulso. Sin embargo, devolví a Juanito a su caja de zapatos, tras lo que se me ocurrió ir a por una jaula. Con mi padre era imposible contar y mi madre, en ese momento,

recorría el mercadillo en busca de otros productos. Mi abuelo terminó acompañándome y de camino lanzó una de las muchas lecciones morales que me dio mientras vivió. Con todo, me compró una jaula preciosa con asa dorada y durante el regreso apenas habló.

Juanito estrenó la jaula aleteando por entre las rejas, y así me di cuenta de que el animal no podía volar. Llenamos una bandeja de alpiste y la dejamos en el interior para que el pájaro quedara por fin tranquilo en su nuevo y limitado mundo. No me moví de casa durante todo el día para, a menudo, ir a visitar a Juanito. Aleteaba constantemente, piaba sin descanso, y a mí ese ensimismamiento me hacía feliz.

Por la noche sus cánticos tampoco cesaron, lo que me valió una reprimenda de mi padre. Transportó la jaula hasta la cocina, la dependencia más alejada de los dormitorios, para encerrarle ahí y aliviar su pío pío. Es verdad que se hicieron más llevaderos, pero yo me sentí tristísima en ese momento. Lloré en silencio en mi cama, cubierta entera bajo la sábana, que era lo que hacía siempre que mis padres me regañaban por algo. Estaba lejos de mi mejor amigo, pero me dormí enseguida.

Nada más despertarme, salté de la cama y escapé corriendo de la habitación. Mi madre, justo en ese momento, cerraba la puerta de la cocina. Tardó mucho en darse la vuelta para comunicarme que Juanito había muerto.

La canción que escribí para Juanito fue alegre y bailé alocadamente. Me moví por el escenario con una soltura admirable para ser mi primera actuación en directo. Tuve una orquesta de diez músicos y cuatro coristas me acompañaron en el estribillo. Cuando acabé la canción, hice una reverencia y el público

aplaudí rabiosamente. Una vez incorporado, miré al auditorio entero puesto en pie. Más de 500 personas compartieron conmigo aquella extraña felicidad que vino de la rabia.

Estudí Historia porque me encantó el documental de La Transición que hizo Victoria Prego. El documental ya no me gusta tanto.

Aprobé Selectividad con un 8 gracias a la nota del examen de Historia, una de cuyas preguntas fue sobre ese periodo reciente de la historia española. En vez de prepararme ese bloque temático con el montón infernal de apuntes que había tomado, me puse a ver el documental durante los tres días previos a la prueba. Mi padre me lo aconsejó. A mi padre, por cierto, le salió un trabajo en Madrid, así que nos trasladamos todos a la gran ciudad.

Me pareció al principio un monstruo que nos engulliría sin piedad. Tanta cantidad de gente y tanto ruido, en vez de encantarme, me produjeron espanto. Recuerdo que hubo unos días en los que no quería salir de casa. La urbanización en la que nos instalamos estaba en las afueras y el ambiente, al menos, se parecía al de Astorga.

Los comienzos en el instituto resultaron también desagradables. Tuve problemas para integrarme con los grupos de chicas de la clase. Con los chicos la situación fue mejor, y supongo que se debió a mi físico y a mi aspecto. Con el tiempo esas cosas las fui tomando con naturalidad; al fin y al cabo, la adolescencia es una fase de la edad de los seres humanos que alguien debería erradicar.

Fue por aquella época cuando nos compramos un perro, un Beagle; es uno de esos que tienen las orejas colgando, tamaño medio, muy buenos rastreadores. Mi hermana pequeña se encaprichó de él tras verlo en una pajarería situada cerca de su colegio. Llegó a casa prácticamente en éxtasis y me preguntó si creía que papá y mamá aceptarían que lo compráramos. Mi respuesta fue un “no” rotundo porque el antecedente, el del pollito, no invitaba al optimismo, la verdad. Pero mis padres aceptaron, para mi sorpresa total, y Zak, el perro, llegó a casa. El animal, sinceramente, era precioso.

Atravesé la etapa de la Universidad en uno de los turnos de tarde. Me tocó por sorteo en el primer año y me acostumbré. Me gustó porque las mañanas se convirtieron en mi fortaleza, en un castillo sólo para mí. El piso se quedaba vacío, mis padres iban a sus trabajos y mi hermana, entonces, al instituto. Zak y yo fuimos los guardianes de la guarida en medio de un silencio que todavía sigo recordando y que todavía me sigue gustando. Había mañanas que estudiaba, había otras que salía a pasear, en otras quedaba con mi novio de entonces, otras las dedicaba a no hacer nada, a estar con Zak. Fue un perro muy bueno.

Se me escapó una de esas mañanas de las que te hablaba. Aproveché que había una temperatura excepcional, era un día soleado de finales de finales de abril, para sentarme en un banco de los jardines de la urbanización y leer una novela, creo recordar que era “El árbol de la ciencia”. No debí agarrar muy bien la correa a la pata del banco porque Zak, nada más ver a un perro al que tenía bastante tirria, salió como un avión. Detrás fui gritando su nombre. Primero con miedo porque temía que el otro perro, mucho más grande que él, lo despedazara, literalmente. Luego con más miedo porque Zak continuó la

carrera, dobló una esquina y lo perdí de vista. A la vez que mis gritos comencé a cantar imaginariamente, y por ahí dejé que me llevara la fantasía. Salí al escenario en completa oscuridad, después de los primeros acordes estallaron potentes focos de luz, y acto seguido, irrumpieron por los flancos dos bailarines con los que jugué a dar saltos y piruetas. La música estaba grabada, sí, pero mi voz no. Mi voz se propagaba como una tormenta. Al final, jadeante por el esfuerzo, las luces se apagaban de nuevo para sumergirme en la oscuridad. El público coreó mi nombre y pidió otra actuación, así que regalé como “bis” uno de mis temas más conocidos.

Un señor gigante, más de dos metros, y probablemente cerca de rebasar los 70 años, pudo agarrar al perro por la correa y retenerlo. Lo vi tras cinco minutos durante los que sufrí como pocas veces antes. Corrí por algunas calles del barrio entre gritos, para estupor de la gente. Muy pocos me preguntaron qué sucedía. El hombre gigante me pidió que no me preocupara. No he visto nunca una mirada como la suya, entre candidez y sabiduría, no sé decirte.

Volví a casa mientras entonaba un “bis” más ante un auditorio entregado. Cantaba despacio, acompañado por una guitarra tan sólo.

EL NOVIO

Mi segundo novio es el que me introdujo en el compromiso político. Hasta conocerle había circulado por la política con desdén. El documental de La Transición del que te hablé antes me atrajo más como narrativa que como acontecimiento histórico.

A Carlos lo conocí en tercero de carrera. Había compartido el curso anterior, pero no me fijé en él demasiado. No iba mucho a clase, y cuando se dejaba ver, generalmente charlaba o se iba a fumar con otro grupo, que solía sentarse en las últimas filas del aula. Pero en tercero, gracias a amigos comunes, empezamos a ir juntos a la cafetería y a las muchas zonas de césped de la Facultad para beber latas de cerveza y fumar. Siempre se hablaba de política. Además, fueron los tiempos del 15M y ese fervor se notaba en el ambiente, era una sensación casi sólida. La pasión con la que Carlos descargaba su compromiso me contagié, así que comencé a ir con él y otros amigos a asambleas universitarias, vecinales y ciudadanas.

En la Facultad, cuando debatíamos en el hall las consecuencias de una nueva ley educativa, Carlos me cedió el micrófono para que interviniera. Veníamos de hablar de aquel asunto en la cafetería y supuestamente le gustaron mis ideas. Nunca había hablado en público, y puede que allí se congregaran unas 100 personas. El silencio que impregnó la sala de la Facultad se podía palpar. En los 30 segundos que tardé en hablar, mi imaginación construyó el arranque del primer gran concierto multitudinario de mi carrera musical. Entré en escena ante unas 2.000 personas, no te exagero. Mi voz apagó las guitarras eléctricas

que me precedieron y la masa comenzó a cantar conmigo. Se sabían mis letras de memoria.

Estuve quince minutos con el micrófono en la mano, lanzando una arenga de la que no me vi capaz nunca. Carlos y yo nos acostamos aquella noche por primera vez.

Supongo que todos, en nuestra vida, tenemos un amor descontrolado. Sale alguien por el camino que nos instala en el mundo, y a la vez, nos expulsa. Supongo que me sucedió eso con aquel chico. Fueron los tiempos del vuelco político; de pronto, el suelo se ablandó. En mi casa nunca se ha vivido la política con intensidad, incluso mis padres son de los que han elegido no votar según las circunstancias. En la Universidad, a su lado, descubrí un mundo en el que la clave consiste en vivir hacia fuera. Descubrí que podía ser una persona perfectamente capaz de transmitir argumentos y emociones. Es muy difícil eso.

La dominación de los dos partidos se agrietó y por los desfiladeros que se abrieron nos colamos nosotros. El problema fue que circulamos muy rápido, demasiado rápido.

Cuando lográbamos frenar, nos encontrábamos en el apartamento que conseguimos alquilar gracias al dinero de sus padres. Su padre, de hecho, fue ministro socialista. O nos encontrábamos en algún lugar de vacaciones. Recuerdo vívidamente un viaje en su coche por el Alentejo, en Portugal, y otro por la Provenza, en el sur de Francia, en el que nos dejamos todos los ahorros. Lo peor es que esos instantes de calma comenzaron a escasear; más tarde, desaparecieron. La política le absorbió. Muchas veces comparo la política con

aquellos marcianos de “Encuentros en la tercera fase”, cuando se llevan a los humanos, cuando se llevan al niño. Yo sentía que me estaba quedando sola, pero no me quedé en La Tierra, sino que también me metí en la nave.

La verdad es que aquellos tres años puede que hayan sido los mejores de mi vida. Nunca canté y bailé como entonces. Di unos conciertos multitudinarios y exitosos. En mi fantasía, la música y la danza se hicieron tan reales que una vez traspasé la frontera, y canté y bailé en el apartamento delante de él, de su mirada absorta. Cuando acabé, me aplaudió y me besó, y sí, nos acostamos. Es fácil deducir que fueron tiempos magníficos.

La nave de la política nos separó. Reconozco que los dos queríamos llegar a los puestos de mando; reconozco que tenía esa ambición y puede que todavía la tenga. Puede que quiera recuperarla, si es que eso es factible después de lo que sucedió en el Congreso.

Lo que no tengo claro es si aquella disputa se convirtió en el motivo principal de la separación. Quizá él entendiera que mis aspiraciones sólo culminarían si conseguía apartar las suyas. Estábamos a punto de asaltar parte de los cielos cuando, una noche, en un bar cerca del Congreso, me confesó que quería dejarme, quedarse solo, avanzar solo, llegar a la cima él solo. Si me lo tomé bien o mal, es otra cosa que tampoco he aclarado con el paso de los años. Me recuerdo con el semblante muy serio, aplastado por sus palabras, y me recuerdo presa de una profunda tristeza, hasta tal extremo que él se levantó, pagó las dos cervezas y se fue sin que yo hiciera nada. Creo que se despidió, incluso que me dio un beso en la frente, pero, como ves, hay fragmentos de la secuencia tremendamente borrosos, diluidos algunos de ellos. Tras unos

minutos, o ésa es la sensación que guardo, me incorporé y abandoné el bar. Canté en la calle a viva voz y bailé aprovechando la quietud de la zona, un miércoles de noviembre a las 11.30 horas de la noche. La banda desplegó una melodía furiosa gracias al tirón de la guitarra. Mi voz desgarrada se acopló en los acordes con fiereza, pues había que soltar mucho dolor. Al final, un solo de piano, unos instantes de reflexión y unos versos vacíos para jurar que nunca más bailaré y cantaré.

LAS ELECCIONES

Me presenté como número por León en las elecciones generales de junio de 2020. Gané.

Acepté ir por León y no por Madrid porque quería lucir más. En el partido hubo quienes consideraron que más brilla el quinto puesto de la candidatura de Madrid que el primero de la de León, una circunscripción en la que sólo tres escaños están en juego. Me aseguré de que el traslado a mi provincia de nacimiento no me alejara del organigrama de la dirección. Tenía buenas relaciones con los líderes y no resultó un proceso complicado, aunque el encaje dependería al final de los escaños. En otras palabras, si quería poder, tenía que ganar.

Construir una plataforma desde la nada es arduo y requiere mucho tiempo. Dedicué todas las horas del día y de la noche a buscar y seleccionar gente válida que me inspirase absoluta confianza. Luego, elegido el equipo, nos sumergimos en el argumentario, en el mensaje y en el estudio sociológico de la provincia. Surgen contradicciones a medida que avanza esta clase de aventuras. Siempre critiqué la política que se cuece en círculos íntimos, compuestos por aduladores, generalmente. Terminé construyendo uno a rebosar de ellos. Con todo, las mayores dificultades se concentraron en lo que llamamos “el reclutamiento”. Completar la lista electoral con personas que desconocen o deploran la política fue misión imposible hasta que un buen amigo, profesor en la Universidad de León, decidió integrarse en la candidatura. Era un tipo muy conocido en la ciudad, bastante respetado, así que produjo un arrastre espectacular. Me pareció, además, que sus ambiciones

eran limitadísimas, así que le coloqué de número dos. Los dos entramos en el Congreso.

Me desencantó la campaña, sinceramente, y no porque la hiciéramos mal, al contrario. Nos aconsejaron que en cuanto comenzara el tiempo electoral, incluso antes, asimiláramos pronto que nos iban a insultar, calumniar y difamar. Procuré convencerme de que era fuerte, de que aguantaría los ataques, pero al ver la portada de un periódico con una manipulación sobre mi currículum y mi expareja, descubrí que no estaba preparada. Suspendí los actos programados para los dos días siguientes y se multiplicaron los ataques. Mi equipo de confianza, una persona para la agenda, algo así como el jefe de gabinete, y otra para las relaciones con los medios, me recomendaron seguir como si nada y contestar a las infamias en cada evento. Decidí retomar el programa e incluir una comparecencia ante la prensa para desmentir las informaciones y para reprobar el uso de la política como si fuera estiércol. Ya ves. Era una ingenua.

Fueron días horribles, los recuerdo con pavor. Quise cantar y bailar, y mi fantasía no paró de pedírmelo. Pero no lo hice. Me había prometido que no lo haría. Era una promesa que no podía deshacer. Lo deseé con todas mis fuerzas, especialmente después del debate que protagonizamos los cabezas de lista de los partidos en el canal autonómico. No lo hice mal, hasta algunos sondeos me dieron vencedora, pero de regreso al piso que utilizábamos como cuartel general, tuve que bajarme del coche e ir al servicio de un bar para vomitar. Lo que me hirió no fue la arcada ni el vómito. Me lesionó el vacío que se asomó tras cada arcada y cada vómito. No había nada. Las promesas de crecimiento político no estaban ahí. La posibilidad de llegar a cada vez más gente con un mensaje, una idea o un sentimiento se había evaporado. Todas

esas ambiciones desaparecieron. Aguanté unos minutos sentada en el wáter, a merced de ruidos de procedencia indescifrable. Todo eso creó una música que me suplicó que cantara y bailara, pero no. No lo hice.

Uno de los días que más intensamente recuerdo fue el de mi regreso a Astorga, en plena campaña electoral, la última situación que hubiera imaginado para recrear mi vuelta. Me encontré con muchos amigos y conocidos, con algunos familiares y con un montón de gente entusiasmada con mi presencia. El programa de la tarde consistió en dar un paseo por la ciudad, departir con algunos comerciantes y dar un mitin en la plaza de Santocildes, que yo siempre veré atestada de puestos ambulantes y de hortalizas fresquísimas. El paseo fue un baño de masas, te lo juro, no me podía esperar un recibimiento así. Pensé mucho en mi padre, estaría orgulloso de verme así. Cometí el error de acordarme de él durante el discurso y dije que me hubiera gustado que estuviera, tras lo cual se me partió la voz y tuve que interrumpir. Hay quien piensa que aquello me dio votos.

Mis padres quisieron verme en la jornada electoral, pero preferí estar sola y esa decisión me valió un serio reproche. Me di cuenta de la distancia que se había abierto entre nosotros. Cuando terminó el escrutinio y se confirmó la victoria, les llamé y no pude evitar llorar. No sé por qué me salió ese llanto que me sacudió hasta el estómago. Fue un llanto largo y doloroso. Mi madre se puso tajante para decirme que al día siguiente iría a León a verme. No me pude negar. También me llamó mi hermana. Ella, por aquel entonces, estaba viviendo en Oslo, en donde estudiaba un máster.

Di el discurso de la victoria en plena calle, había muchísima gente. La euforia que noté alivió la angustia que sabía que se me propagaba. Los gritos de fuera, a veces, tapaban los silencios de dentro. Fue una noche de celebración, pese a todo, pese al vacío.

Nos fuimos a un bar reservado sólo para los integrantes de la candidatura y algunos invitados. Decidí tomarme unas cuantas copas porque había que compensar la tensión acumulada. La celebración también tuvo que ver con esa victoria interna. En medio de la fiesta, me llamó el secretario general para felicitarme y para preguntarme si podíamos vernos en Madrid al día siguiente. Le pedí que fuera por la noche y aceptó. También me llamó mi ex, estuvo francamente atento y amable. Hacía que no hablábamos, no sé, un año o así. A pesar del bullicio del bar y de la música a todo volumen, dejar de hablar con él me encerró en mi propio vacío. Otra vez ese vacío capaz de anular completamente el exterior. Era la protagonista de una fiesta concurrida y la vanidad se había elevado un poco más de lo habitual, pero ni el protagonismo ni la vanidad fueron suficientes para igualar mi soledad.

Salí fuera, pedí un cigarro a unos compañeros que aprovechaban la buena noche. Me escabullí con la excusa de que tenía que hablar por el móvil. El cielo estaba limpio y exhibía un mosaico precioso de estrellas. Lamenté tener que volver a Madrid. Estuve paseando sola casi media hora. Mi, digamos, jefe de gabinete comenzó a llamarme reiteradamente, y otras personas presentes en la fiesta también. No hice caso. Amagué con volver a los escenarios. Escuchaba el clamor de la muchedumbre pidiendo que volviera.

Pero no lo hice.

EL CONGRESO

La velocidad de la política se ha multiplicado por dos en los últimos cuatro años. Sólo hace tres meses que se formó el Gobierno y parece que lleva una década. La tensión se notó el día siguiente de los resultados y todos auguramos una época muy convulsa. A diferencia de otras épocas, en ésta los rencores y los resquemores personales han jugado un papel protagonista, no siempre la química ha influido tanto en la negociación política. El secretario general del partido reunió a todos los diputados 48 horas después de los comicios y dijo dos cosas que me sorprendieron, una porque me resultaba tan obvia que no podía esperar que la verbalizara; la otra porque me resultaba un disparate y tampoco podía esperar que la verbalizara. Dijo las dos cosas y me imagino, por cómo nos has seguido durante estos meses, que sabes cuál de las dos se ha cumplido.

En aquella reunión no reveló nada sobre quién sería el portavoz o la portavoz del grupo parlamentario, aunque entre nosotros las quinielas corrían más deprisa que entre los periodistas. Si te soy sincera, supuse que mi ex sería el portavoz, ya que había sido la sombra del secretario general y todo el mundo reconocía que había hecho un magnífico trabajo. Efectivamente, vi a mi ex en la reunión de la sede y cruzamos dos saludos afectuosos pero fríos, como si entre nosotros la relación que se tejió nunca se hubiera tejido. Me dolió, claro, pero por entonces la fantasía se había secado. Nunca como aquellos días la realidad se ha comportado tan implacable y tan voraz. Comió mi vida entera.

La llamada del secretario general fue de noche, cuando más te asustan las llamadas. Estaba en casa de mis padres, fue una cena con ellos muy

agradable a pesar de las rencillas entre nosotros. Decidimos, sin embargo, dejarlas aparcadas y disfrutar de una cena larga y de una sobremesa aún más larga.

Hasta la llamada del secretario general.

Me preguntó si estaba aún despierta, eran las once de la noche si no recuerdo mal, y acto seguido, justo tras mi contestación, me preguntó si podíamos vernos a la mañana siguiente para desayunar en un bar que está al lado de su domicilio de Madrid. Me pidió antes de colgar que no contara a nadie esa llamada. Efectivamente se lo conté a mis padres, pero eso es como gritar dentro de un baúl perdido en un lago.

Es evidente que me imaginé algún nombramiento, lo cual atizó bien los nervios durante la noche. Apenas dormí. Me ocurre cuando no puedo dormir que doy vueltas en la cama sin parar, y si el movimiento me desespera, entonces enciendo la luz e intento leer. Si la lectura tampoco me calma, acudo al cuarto de estar a ver alguna película. Por suerte, la televisión por cable siempre guarda un caramelo para los noctámbulos. Me vi en un canal de pelis antiguas “Testigo de cargo”, una de mis favoritas. Me dormí en algún momento del amanecer y desperté en algún momento de la mañana. Tuve que salir de casa sin ducharme y tras vestirme a toda velocidad. Aunque mi idea era ir en metro hasta el lugar indicado, en la zona sur de la ciudad, me vi obligada a coger un taxi. Llegué cinco minutos tarde y deseé con todas mis fuerzas que no estuviera en el bar, pero ya estaba y ya había pedido su café.

La tardanza no le molestó, o eso aparentó. Me impresionó verle solo porque nunca antes le había visto así. Hablamos en varias ocasiones, pero siempre

estaba rodeado de gente. Cuando me comunicó que iría de número uno, tal y como pedí, estaba con mucha gente. Cuando pasó por León durante la campaña y quedamos a tomar una cerveza antes del mitin, hablamos él y yo un rato en el bar, pero alrededor de mucha gente. Tengo la impresión de que nos caíamos bien, de que nos caemos bien, pero verle solo aquella mañana me mostró a una persona radicalmente diferente y su imagen me produjo tristeza. Mientras mordisqueaba una tostada, leía la prensa a través del ipad. Entré en un instante en el que algo le había atraído toda la atención. La mirada a lo que leía era de la un hombre preocupado e inevitablemente solo.

Evitó los rodeos para ofrecerme ser la portavoz del grupo parlamentario en el Congreso. Su oferta y mi aceptación apenas cubrieron un minuto de conversación. El resto del desayuno lo dedicamos a repasar nuestros estados de ánimo. Después de pagar (invitó él), me pidió que hablara con Alfonso, un alto cargo del partido, para que me contara todo lo que debía saber sobre el Congreso y el funcionamiento del grupo parlamentario. Ya en la calle, en cuanto se encendió un cigarro, me dijo que dentro de una hora anunciaría el nombramiento a la prensa por Twitter. Luego, prepararía junto a su director de comunicación una comparecencia ante los medios.

Lo demás, hasta el famoso día, te lo sabes de memoria.

Mi vida se desdobló: la vida real soportaba una velocidad frenética y una tensión angustiada; la vida imaginaria aguantaba el ostracismo. Nunca pensé que el ritmo de los días, durante aquellos días, minaría tanto la resistencia. Se descompusieron todos los recursos que buscamos o inventamos para impedir

que lo que pasa fuera devore a lo que pasa dentro. El truco más recurrente es hacer deporte, incluso pasear, o estar con los hijos o conducir con tu música favorita; pero también las drogas y el alcohol... Yo no usé ninguno. Sencillamente, evité la desconexión. Acaso una cerveza a la salida del trabajo, siempre de noche (y eso que era verano), acaso una cena rápida en los restaurantes que hay en los alrededores del Congreso. Por regla general, la opción tras acabar extenuada la jornada de trabajo era ir a casa.

Logré reunir un buen equipo. Me aconsejaron a Jose para dirigir el gabinete y a Laura para llevar la relación con los medios de comunicación. Carlos y Ainhoa se encargaron de la asesoría jurídica. Creo que entre nosotros surgió una química especial y menos mal que fue así, porque los comienzos resultaron agotadores. Un pesadísimo sentido de la responsabilidad se había adueñado de mí y no me soltaba ni para dormir. El insomnio se volvió frecuente, demasiado frecuente, por lo que recurrí a las pastillas.

La explosión se produjo la noche antes de la investidura. Las negociaciones avanzaron entre bandazos, incluso hubo un momento en que todo se rompió. Al final, tuvimos que hacer cesiones importantes para lograr los objetivos. Los líderes de los dos partidos que obtenían la mayoría firmaron el acuerdo en el Congreso entre críticas feroces de editorialistas, tertulianos y medios de comunicación. Hubo concentraciones en las calles y muchas protestas, acuérdate. Los acontecimientos se fueron revolviendo tanto que la historia quedó del revés. El sistema no está preparado para los cambios, menos aún para los cambios bruscos. Todo eso, las reuniones, las conversaciones, las llamadas de móvil, las entrevistas, las declaraciones a los medios en los pasillos, las broncas de los de arriba, que las hubo, y de los compañeros, que

también... La explosión se produjo la noche antes en mi casa, cuando estaba sola. De repente lloré y lloré y me vi empequeñecida y diminuta entre gigantes. Sentí algo más fuerte que la debilidad. La anulación. Llamé a mi madre para que durmiera conmigo. Sé que me encontró mucho más delgada y con la cara agrietada y contaminada por la anulación. Entre sus brazos, aquella noche, quise cantar y bailar. Pero no lo hice.

Y llegó el día.

Como es habitual, me tocó cerrar el orden de intervenciones, al final del segundo día de debate. Por fortuna, no fue mi primera vez en la tribuna de oradores del hemiciclo, ya había intervenido en debates importantes, aunque de menos enjundia. Había tanta expectación, tanto ruido dentro y fuera, que la tensión crecía y crecía a medida que se aproximaba el momento. Desgraciadamente, cuando la presidenta del Congreso dijo mi nombre, recordé la explosión de la noche anterior y surgió un temblor de los pies a la cabeza que absorbió todas las ideas y anuló el discurso. Ya en la tribuna el temblor se hizo más fuerte, tuve que beber del agua que el ujier acaba de servir. El brillo de la bandejita de plata me resultó el único elemento gratificante. Todo lo demás era monstruoso. Quise cantar y bailar...

Y lo hice.

¿Y no recuerdas nada más?

La verdad es que no.

Estuviste 30 segundos en silencio. La presidenta del Congreso te llamaba y llamaba, pero no hacías caso. Estabas claramente en otro mundo. Completamente ida.

No me acuerdo.

La presidenta reclamó al médico, estalló un gran rumor. Tu jefe incluso se acercó a la tribuna. Entonces te desmayaste. ¿No lo recuerdas?

No, lo siento.

La presidenta interrumpió la sesión, llegó el médico de la Cámara con su ayudante. Recobraste la consciencia al poco rato.

¿Entonces di aquel discurso tras estar inconsciente?

Sí. Y fue un discurso magistral. Hasta en la tribuna de invitados se pusieron de pie para aplaudir.

Eso sí lo recuerdo.

Por eso, todo el mundo se preguntó qué pasó mientras estuviste inconsciente.

¿No recuerdas nada?

Supongo que canté y bailé. Simplemente.